

Al filo del agua: entre la historia y la religión¹

MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

RESUMEN. La siguiente nota propone que *Al filo del agua* tiene como punto de referencia e inspiración el movimiento cristero que apareció entre los años 1926 y 1939 en México.

En la historia de la narrativa en México, *Al filo del agua* cumple un papel preponderante. Estudiada en gran parte del mundo, homenajeada una y otra vez, es un paradigma de las letras mexicanas, al igual que *Pedro Páramo* o *La región más transparente*. Como paradigma, entonces, responde a una situación social-cultural muy concreta, la de los años cuarenta, y más, a un proceso literario que hasta el momento en que aparece esta novela (1947) estaba inundado de obras políticamente beligerantes: me refiero a las novelas de la revolución y a las novelas cristeras.

En lo social, la segunda mitad de los años cuarenta se sintetiza en una frase divulgada por el periodista Carlos Denegri: “la Revolución se bajó del caballo y se ha subido al cadillac” (citado en Monsiváis 1986 270), que alude al fin del último presidente militar en México (Manuel Ávila Camacho) y al inicio del primer presidente civil (Miguel Alemán). No sólo eso. En el fondo, la frase simboliza el ascenso de la nueva burguesía y la novedosa cara del México posrevolucionario intuido ya en una novela de Mariano Azuela de 1941, titulada así, *Nueva burguesía*. Incluso

¹ Una primera versión de este ensayo se presentó en el Homenaje a Agustín Yáñez “*Al filo del agua hoy*”, organizado por el Instituto de Investigaciones Filológicas.

políticamente no hay que olvidar que en 1946 el PRM (Partido de la Revolución Mexicana) se transformó en el flamante PRI (Partido Revolucionario Institucional).

La modernización de México no fue tan evidente de manera global. El cine de esos años es un claro ejemplo de cómo el imaginario social derrumba las fronteras de lo oficial. Quién no recuerda la idealización de los campesinos y los escenarios bucólicos de *María Candelaria* (1943), donde “Al idealizar a los indios, el director no los ve como parte de la población mexicana, sino como una especie de secta marcada por un sino fatal que bien merece la sublimación compensatoria al modo de los ‘nativos’ de Hollywood” (García Riera t. 3 67).² No hay vuelta de hoja, más allá de la experiencia, *María Candelaria* ejemplifica bien que la modernización se resiste a salir de la capital hacia las ciudades de afuera, donde la miseria y el abandono de las gentes del campo aún persiste, a pesar del sexenio cardenista.

En el centro del país se divierten, se entusiasman y son capaces de sufrir. Las películas *Salón México* y *Nosotros los pobres* (ambas de 1948, una de Emilio Indio Fernández y la otra de Ismael Rodríguez, respectivamente) son paradojas del mismo sistema: sólo unos cuantos perciben los cambios de modos vida, de vientos de urbanización. *Una familia de tantas* (1949), del inspirado Alejandro Galindo, marcó bien el rumbo de esa nueva clase media posrevolucionaria e inefablemente moderna.

Agustín Yáñez participó de ese ambiente urbano, de esos nuevos aires nacionalistas que vieron en la revolución de 1910 un corte intempestivo y reformador. No es casual que *Al filo del agua* termine con la entrada al pueblo de tropas revolucionarias, y que en una nota inicial el autor aclare: “Quienes prefieran, pueden intitular este libro *En un lugar del arzobispado, El antiguo régimen*, o de cualquier modo semejante” (1).³ Antes de la revolu-

² Recuérdese la escena aquélla en que implícitamente se compite para ver quién de los dos actores protagónicos (Pedro Armendariz y Dolores del Río) alza más la ceja, diciendo “María Candelaria/Lorinzo Rafail/María Candelaria/Lorinzo Rafail”, en una repetición que de tan expresiva nos da risa.

³ Utilizo la 17ª ed., con prólogo de Antonio Castro Leal (México: Porrúa, 1982).

ción nada, después de la revolución todo. Esta novela comparte a nivel formal los caminos de modernidad que prefiguran los años cuarenta en la ciudad de México. Sin embargo, creo que a nivel de contenido la situación de *Al filo del agua* es diferente.

Vista a la distancia, la novela de Yáñez tiene más puntos de contacto con el movimiento cristero, como inspiración, como punto de referencia, que con el porfiriato en el que se sitúa la trama de la obra. No puede ser de otra manera, Yáñez vivió muy de cerca los acontecimientos desarrollados entre 1926 y 1939 (la llamada Cristiada) que tuvo su mayor auge en los altos de Jalisco. Como se sabe, el movimiento cristero fue un momento social de envergadura que llegó a contrarrestar fuerza al recién, más o menos equilibrado, Estado mexicano. El punto más intenso de este movimiento se dio de julio de 1926 a junio de 1929. No obstante, el antecedente más cercano de lo que vendrá a ser el movimiento cristero se puede localizar poco después de promulgada la Constitución de 1917. La Iglesia busca, "si no la derogación de la Carta Magna, sí la reforma de los artículos 3, 27 y 130 que principalmente les afectaban" (Olivera Sedano 69). Con el tiempo otros factores agudizarán el conflicto entre la Iglesia y el Estado. La "Ley Calles" fue uno de ellos. Dicha Ley reformaba el código penal, incluía delitos relativos a la enseñanza confesional y cultos, y además en su artículo 19 volvía obligatoria la inscripción oficial de los sacerdotes para que pudieran ejercer su ministerio. Esto provocó, evidentemente, la suspensión de cultos por parte del Episcopado y la reacción de los practicantes más asiduos: los campesinos, quienes, al grito de "Viva Cristo Rey", se convirtieron en el sostén armado del conflicto religioso. En este sentido, "la participación armada en la insurrección correspondió, pues, a todo género de campesinos y a todo género de rurales [...]. Los habitantes de las ciudades [...] se mantuvieron ausentes de los campos de batalla" (Meyer 22).

El movimiento cristero se desarrolló sobre todo en los estados del centro y norte de la República, teniendo focos importantes en los altos de Jalisco, territorio, este último, perfectamente conocido por Yáñez. En esos años, nuestro autor fue miembro de la Acción Católica de la Juventud Mexicana, que, por cierto, coordi-

naría y apoyaría, junto con otros organismos, la creación, en 1925, de la después famosa, durante la guerra cristera, Liga Nacional de la Defensa de la Libertad Religiosa (LNDLR), en la que participó activamente un personaje al que se hace alusión en *Al filo del agua*, aunque de manera indirecta: Miguel Palomar y Vizcarra.⁴

En efecto, considero que esa etapa biográfica de Yáñez lo marcó considerablemente en la manera de percibir el espacio en el que se conducen los personajes, no sólo en *Al filo del agua*, sino también en una novela como *La tierra pródiga*, por ejemplo. A pesar de la renuencia del autor jalisciense a aceptar esa etapa de su vida, ésta explica la construcción discursiva de su novela más famosa. No es extraño que a la pregunta de Emmanuel Carballo, “¿El catolicismo que describe en *Al filo del agua* es producto de vivencias o resultado de investigaciones?”, Yáñez contestara: “Hay en *Al filo del agua*, detrás de las partes que narran hechos religiosos, una paciente documentación” (24-25). En realidad, estamos frente a un ex gobernador que ha dejado la “militancia eucarística” (Monsiváis 1993 374) para ingresar de lleno a los mitos liberales como digno representante del partido oficial.

Por supuesto, lo dicho hasta aquí no va en demérito de la obra de Yáñez, por el contrario, creo que el aspecto religioso que subyace en *Al filo del agua* es el que hace relevante la obra. Hasta 1947, incluso ya con la publicación de algunas novelas referentes al movimiento cristero (*Héctor* de Jorge Gram, 1930; *La virgen de los cristeros* de Fernando Robles, 1934; *Pensativa* de Jesús Goytortúa Santos, 1944; y *Los cristeros* de José Guadalupe de Anda, 1937), no se había publicado una obra en la que tuvieran tanta relevancia y tanta fuerza las prácticas religiosas cristianas,

⁴ En la parte ocho del capítulo “Canicas”, el padre Reyes reflexiona y hace referencia a una caja refaccionaria: “fue con Don Dionisio y le planteó la urgencia de una organización sobre bases económicas, por ejemplo, una caja refaccionaria para agricultores y aun para artesanos, una cooperativa de producción y consumo, un seguro de vida” (172). Como bien lo han anotado en la edición crítica de *Al filo del agua* (1993 nota 48 246), las cajas fueron propuestas por Palomar y Vizcarra, con ellas se trataba de hacer prosperar la pequeña propiedad agrícola.

en su vertiente católica, como las desarrolladas a lo largo de la novela de Yáñez.⁵ Esas prácticas sobresalen por la interiorización de los personajes y por la evidente intención del autor de mostrar las radicalizaciones a las que pueden llevar aquéllas, por ejemplo el fanatismo, cuando son dirigidas por otro tipo de discurso, como el utilizado por los sacerdotes que aparecen en la obra (Rosas, Reyes, Martínez e Islas).

En ese sentido, considero que al hablar de religión, que trasciende espacios institucionales, estamos observando múltiples discursos (culturales, morales) sostenidos, sobre todo en el catolicismo, por un discurso superior que fundamenta la práctica como tal.⁶ No me refiero a una imagen omnipotente, sino concretamente a la *Biblia*, ese “gran código”, como le llamara Northrop Frye,⁷ del cual parte toda la diversidad de discursos, oficiales o no, practicados por los creyentes. Así ocurre en la novela de Yáñez. Cada acción de los personajes está supeditada a diferentes niveles de discurso. Los sacerdotes dependen del discurso institucional al que obedecen con mayor o menor cautela:

Resueltamente no —pensaba el Padre Reyes—, no es mejor la rigidez como método de dirección espiritual, ni menos para temperamentos débiles, como el de este muchacho, como el de tantas muchachas a quienes el Padre José María inspira un sentido sombrío de la existencia. ¿Para qué? ¿Para que al primer choque con

⁵ Al hablar de prácticas religiosas, hago alusión a las acciones concretas llevadas a cabo por los creyentes para relacionarse de manera íntima con su creencia. La comunión, el bautizo, e incluso las procesiones, por ejemplo, se encuentran bajo esa categoría. En este caso, prácticas religiosas se acerca a lo “religioso”. Para esto último sigo a Danièle Hervieu-Léger: “el proceso de constitución imaginaria del linaje de creyentes y su realización social en una comunidad (o en un conjunto de comunidades) es lo que constituye [...] lo ‘religioso’” (39).

⁶ Estoy pensando, por supuesto, concretamente, en la propuesta del concepto “religión” de Hervieu-Léger: “se definirá [...] como ‘religión’ a todo tipo de dispositivo —ideológico, práctico y simbólico al mismo tiempo— mediante el cual se constituye, mantiene, desarrolla y controla a la conciencia individual y colectiva de pertenencia a un linaje creyente particular” (39).

⁷ Como se sabe, Frye toma la frase de William Blake, quien consideraba a la *Biblia* como parte fundamental de la “creatividad humana”. Véase *El gran código*. Barcelona: Gedisa, 1988.

la realidad fracasen? ¿Para que los lazos que los unan con Dios sean lazos de temor y no de amor?... (220).

Sobre todo hay que recordar la pugna interna entre estos personajes para llevar a cabo las prácticas religiosas con sus creyentes. Cada sacerdote construye una opción religiosa en la que se van desenvolviendo el resto de los personajes de la novela.

La práctica religiosa está desde el primer capítulo de *Al filo del agua*, titulado "Aquella noche". Ahí encontramos escenas como ésta: "Don Timoteo saltó de la cama y buscó la botella del Agua Bendita; roció el colchón, el cuarto, las sábanas, la almohada, volvió a santiguarse tres veces; puso el rostro en el suelo" (20-21). Desde el "Acto preparatorio" se prevén ya esas prácticas y su control como elementos inmanentes de la vida cotidiana del pueblo: "*El cura y sus ministros pasan con trajes talarés y los hombres van descubriéndose; los hombres y las mujeres enlutadas, los niños, les besan la mano*" (5). Y más adelante:

Muchas congregaciones encauzan las piadosas actividades de grandes y chicos, hombres y mujeres. Pero son dos las más importantes, a saber, la de la Buena Muerte y la de las Hijas de María; en mucho y casi decisivamente, la última conforma el carácter del pueblo [...]. Y es muy mal visto que una muchacha llegada a los quince años no pertenezca a la Asociación del traje negro, la cinta azul y la medalla de plata [...]. En la iglesia, el lado del Evangelio queda reservado exclusivamente para los hombres, y el de la Epístola para el devoto femenino (13-14).

La experiencia aguda de Yáñez sobre tal fenómeno, a partir de lo sucedido en un pueblo ficticio de los altos de Jalisco, lo coloca, sin ideologismos castrantes (como las obras de Jorge Gram, por ejemplo), en un caso especial. *Al filo del agua* es una respuesta implícita a lo desarrollado por las novelas surgidas del movimiento cristero, incluso, un cuestionamiento tácito a la Institución representada por los sacerdotes, que someten las sensaciones más libres de sus creyentes a prácticas por demás socialmente inmovilizadoras: "Bien me lo anunció el señor cura y no le hice caso; creía que eran sus escrúpulos de siempre; yo no sé en qué vaya a

parar; pero cuéstemelo que me cueste, hasta encerrarla en un convento, la he de meter en cintura, y aquí se acabaron los chiqueos" (37).

A las novelas cristeras mencionadas líneas arriba y a las escritas posteriormente al año 1947,⁸ se les ha dado el título de "novelas de la contrarrevolución" porque cuestionan y critican al poder político, al nuevo Estado emanado de la revolución, al gobierno. Dentro de esta categoría, sin duda la que no encaja bien es la novela de José Guadalupe de Anda, *Los cristeros* (1937). En su planteamiento, aunque con una técnica de las novelas mexicanas decimonónicas, De Anda se acerca más a la propuesta de Yáñez en *Al filo del agua*, es decir, el estado-nación que surge de la revolución de 1910 es una opción posible frente a movimientos como la Cristiada. El personaje Felipe de la novela *Los cristeros* afirma: "Ya usted vio con nosotros: Policarpo asesinado por orden del padre Vega, la abuela se murió de pesar, y el pobre de mi padre, loco y en la miseria. Este es el saldo trágico, sangriento, que ha venido dejando por todos Los Altos esta guerra insensata" (190). En *Al filo del agua*, de manera simbólica, la muerte del viejo Lucas Macías logra el mismo efecto: "¡Estamos en el filo del agua! Usted cuídese: pase lo que pase, no se aflija, señor cura; será una buena tormenta y a usted le darán los primeros granizos [...]. Fueron las últimas palabras de Lucas [...]. Acababa con él un capítulo de la historia local. Ese día se supo que los maderistas habían entrado a Moyahua" (376-377). Ambas novelas asumen, de manera global y narrativamente hablando, la revolución de 1910 como un cambio.

Si hay esa relación entre estas dos obras, no ocurre así con el resto de las novelas cristeras. Para mí, lo que hace novedosa la novela de Yáñez es precisamente esa inspiración relacionada con lo religioso, como práctica, que, de algún modo, es una respuesta a la serie de novelas escritas en los años treinta y cuarenta sobre el movimiento cristero, en las que no existe esa meticulosidad

⁸ El resto de las obras son: *Entre las patas de los caballos* (1953) de Luis Rivero del Val, *Jahel* (1955) de Jorge Gram, y *Rescoldo. Los últimos cristeros* (1988) de Antonio Estrada.

que se produce en la intimidad vida-religión de los personajes descritos por Yáñez. Visto desde una historia de la narrativa del siglo xx, la trayectoria de esas novelas de la contrarrevolución es fracturada por *Al filo del Agua*, ya no sólo por el contenido, sino por la estructura sobre la que se arma la obra, algo que no logró por ejemplo, aunque con similar intención, De Anda.

Así, Yáñez no está en contra de la religión, sino de cierto tipo de discursos que se desarrollaron de manera agresiva durante el movimiento cristero. Evidentemente, como hombre político, Yáñez tenía que considerar otro campo social, el porfiriato, para presentar imágenes con las que no estaba de acuerdo. En este sentido, el final de *Al filo del agua* expone como inevitable la revolución porque ésta va a trastocar las relaciones Iglesia-Estado, poniendo en jaque, a través de la Constitución, prácticas religiosas controladas por otros.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANDA, JOSÉ GUADALUPE DE. *Los cristeros. La guerra santa en los altos. La matraca* 19. México: Premiá, 1982.
- CARBALLO, EMMANUEL. "Agustín Yáñez." En Helmy F. Giacoman, ed. *Homenaje a Agustín Yáñez. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Madrid: Anaya-Las Américas, 1973. 13-62.
- FRYE, NORTHROP. *El gran código. Una lectura mitológica y literaria de la Biblia*. Trad. E. Casals. Barcelona: Gedisa, 1988.
- GARCÍA RIERA, EMILIO. *Historia documental del cine mexicano 3. 1943-1945*. México: CNCA-Universidad de Guadalajara-Instituto Mexicano de Cinematografía, 1992.
- HERVIEU-LÉGER, DANIELE. "Por una sociología de las nuevas formas de religiosidad: algunas cuestiones teóricas previas." En Gilberto Giménez, coord. *Identidades religiosas y sociales en México*. México: UNAM, 1996. 23-45.
- MEYER, JEAN. *La cristiada 3. Los cristeros*. 7ª ed., trad. A. Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1985.
- MONSIVÁIS, CARLOS. "'Pueblo de mujeres enlutadas': el programa descriptivo en *Al filo del agua*." En Agustín Yáñez. *Al filo del agua*. Ed. crítica. A. Azuela, coord. México: CNCA, 1993. 369-382.
- . "Sociedad y cultura." En Rafael Loyola, coord. *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*. México: CNCA-Grijalbo, 1986. 259-280.
- OLIVERA SEDANO, ALICIA. *Aspectos del conflicto religioso de 1926-1929. Sus antecedentes y sus consecuencias*. Pról. C. Martínez Assad. México: SEP, 1987.
- YÁÑEZ, AGUSTÍN. *Al filo del agua*. Colección de Escritores Mexicanos 72. 17ª ed., pról. A. Castro Leal. México: Porrúa, 1982.